

# Andem: La Última Creación de Dios

Darwin Onyl



# Capítulo 1

## Capítulo 1

### Viaje

Allí se encontraba él, dormido boca abajo y con sus alas cubriendo casi toda la cama. Su larga cabellera le cubría el rostro, y el brazo derecho le colgaba al punto de tocar el piso. Él tenía el típico mal dormir de un adolescente humano, a juzgar por lo desarreglada que estaba la cama.

Había un gran silencio en el entorno de la habitación, y por la poca luz que entraba por la ventana se vislumbraba el despertar del sol. Mientras, afuera, los demás ángeles de la zona emprendían un rápido vuelo hacia el oriente, dejando sus casas con puertas y ventanas abiertas, sin preocuparse por nada más que el largo viaje que habrían de realizar. Y a medida en que salía el sol, se veían más y más ángeles volando cual aves en migración, uniéndose a la bandada mayor. Justo en ese momento se veía a alguien a lo lejos, caminando en sentido contrario, aunque también con notable prisa por llegar hacia donde se dirigía.

Todos se apresuraban para unirse a la gran multitud que volaba hacia el oriente, a excepción del joven ángel aún dormido, a quien de pronto una voz comenzó a llamar con impaciencia.

¡Andem!, - decía la voz, con tono fuerte.

¡Despierta!... ¡Ya es hora!, - agregó la voz, ahora escuchándose detrás de la puerta.

¡Es que acaso no...! – alcanzó a decir la airada voz de un anciano ser carente de alas que apareció en la habitación de repente, quien, al ver que el joven ángel aún dormía, permaneció en silencio mientras le observaba con curiosidad.

Este ser tenía barba y cabellos largos, muy blancos. Traía una vestimenta blanca, muy reluciente. Su piel era muy arrugada, como si el tiempo mismo fuese más joven que él, y en su mano derecha tenía un pergamino al cual apretaba con fuerza, como para no perderlo. Y por la expresión de su rostro se podía deducir claramente que tenía prisa; que algo o alguien

lo esperaba lo más pronto posible.

Mientras observaba el contorno de la habitación, no dejaba de mirar de vez en cuando el pergamino que traía en su mano. Su mirada era un tanto de curiosidad y mientras observaba la cama y a quien dormía sobre ella, su expresión se tornó en cierta ira y desesperación. Y entonces dio un paso hacia atrás, sin dejar de mirar la cama fijamente, y comenzó a levantar su mano izquierda lentamente y con la palma hacia arriba, logrando con esto que la cama se fuera elevando hasta cierta altura. Sin embargo, al tener la mano casi a la altura de su pecho, el ser sin alas la volteó y la bajó bruscamente hasta su posición inicial, causando que la cama cayera de forma violenta sobre el piso, despertando así a quien había dormido sobre ella.

Después de esto el rostro del ser sin alas se volvió amigable y sonriente. Miró a los ojos del soñoliento ángel, y dijo.

¿Qué no escuchaste, Andem?

Ya es tarde. Es hora de irnos. – agregó amablemente, por lo que el joven ángel se puso de pie.

Andem era un poco más pequeño que quien lo había despertado tan bruscamente. Sus ropas, también blancas, estaban muy arrugadas a causa del tiempo que permaneció durmiendo. Sus ojos, aún soñolientos, miraban con atención al extraño ser. Esta era la primera vez que Andem veía a alguien sin alas en el cielo.

Sus ojos eran cafés, su cabello castaño y su piel blanca. Y por la forma en que miraba al ser sin alas, Andem parecía no conocer en absoluto a quien tenía en frente. Por lo que después de curiosear con la mirada, le preguntó.

¿Quién es usted?

Seré tu maestro. – respondió el ser sin alas.

Te daré el entrenamiento que necesitas, antes de ser enviado a La Tierra. – añadió.

¿No es usted un poco anciano para...?

¡Tengo el poder suficiente para entrenarte! – le interrumpió el ser sin alas, levantando de forma brusca su mano izquierda, lanzando a Andem hacia una pared, sin que éste se pudiese mover para intentar liberarse.

¡Suéltame! – dijo Andem, como si algo lo estuviese ahorcando.  
Creo que me excedí. – comentó el ser sin alas, mostrándose amable nuevamente, y bajando a Andem suavemente hasta el piso.  
La ira no es buena. – dijo luego. – No me hagas enfadar otra vez. Pues no me gustaría hacerte enojar por haberme enojado.  
Ya es hora de irnos, Andem. – concluyó, volviéndose para abrir la puerta y dirigirse hacia el exterior.

Sin pronunciar palabra alguna Andem lo observó con cierto respeto, mientras una luz lo rodeaba para dejar su vestimenta y sus cabellos totalmente arreglados. Y sin perder tiempo siguió al ser sin alas, tomando antes dos manzanas verdes de dentro de un cesto sobre la mesa de la pequeña sala. Pero al salir de la casa, y mientras mordía una de las manzanas, Andem se detuvo por un instante a mirar su alrededor, notando que el lugar estaba totalmente desolado.

Luego volvió a morder la manzana y miró hacia el ser sin alas, quien se detuvo a observar el pergamino que traía consigo.

Andem lo miró mientras tragaba el último trozo de la primera manzana, para de inmediato preguntarle quién era y para qué lo iba a entrenar. Sin embargo, el ser sin alas sólo le dijo que tendría sus respuestas a su debido tiempo, comentario que no agradó del todo al joven ángel, quien de inmediato dijo.

Eres igual a Dios... - comentó en tono sarcástico. – Siempre hablando en parábolas e indirectas.

Cálmate. – le dijo el ser sin alas. – Puedes llamarme “maestro” o “entrenador”, si prefieres.

Me da igual. – dijo Andem, mientras confirmaba que sólo estaban ellos dos en ese lugar.

¿Dónde están todos? – preguntó luego.

- Se despertaron a tiempo para ir a ver a quien aún no ha llegado. – comentó el ser sin alas, refiriéndose claramente a él. Y al escuchar esto, el joven ángel se mostró un poco enojado, por lo que el ser sin alas retrocedió de inmediato levantando su mano izquierda y sujetando con fuerza el pergamino en su mano derecha. Al mismo tiempo en que pensaba que Andem lo atacaría en cualquier momento.

Ambos permanecieron inmóviles por un instante. Mirándose a los ojos y sin pronunciar palabra alguna. Como si ambos esperasen el ataque repentino del otro. Sin embargo, al cabo de unos segundos, Andem se vio

sonriente y relajado.

Tranquilo Maestro. – dijo Andem. – No pretendo hacer lo que piensas.

¿Cómo...? – se preguntó el ser sin alas, con notable asombro.

Por cierto... - se desvió Andem.

Para qué es ese pergamino. – le preguntó.

Aún no lo sé. – le respondió, bajando la guardia mientras observaba el pergamino.

No lo podemos abrir hasta llegar a la Gran Llanura. – agregó, al ver que todo estaba bien.

En ese lugar te someterás a tres pruebas y el entrenamiento final. – le respondió.

Ese lugar queda bastante lejos de aquí. – dijo Andem. - ¿Cómo llegaremos hasta allí, si...?

Volando, desde luego. – comentó el ser sin alas.

Pero tú...

¿No sabías que puedes esconder tus alas cuando quieras? – comentó el extraño ser, ahora con alas. Pues se las hizo aparecer mientras hablaba.

¿Cómo lo hiciste?

Deja las preguntas para después. – dijo el extraño ser, mientras comenzaba a batir sus enormes y relucientes alas para ganar altura.

De acuerdo... Maestro. – dijo Andem, comenzando también a elevarse.

De inmediato el Maestro sonrió y emprendió el vuelo hacia el oriente, siendo seguido de cerca por su nuevo aprendiz. Se dirigían hacia la Gran Llanura, lugar en donde se celebraban los grandes acontecimientos del Reino de los Cielos, ya que podían reunirse allí cientos de miles de ángeles, debido a su considerable extensión. Allí también se ponían a prueba los ángeles que serían enviados a La Tierra en alguna misión. Sin embargo, Andem había sido creado de manera sorpresiva el día anterior, y aún no estaba claro el por qué.

Andem iba volando alegremente y haciendo piruetas alrededor de quien lo iba a entrenar. Él se preguntaba sobre las pruebas que tendría que pasar, y cómo sería cada una. No obstante, el Maestro volaba muy suavemente, en silencio y muy serio. Tanto, que daba la impresión de que estaba preocupado por algo.

¿Será que...? – se preguntaba, en tono muy bajo.

¿Dijiste algo? – le preguntó Andem, acercándose a él.

No es algo importante. – respondió el Maestro, sin decir más.

Para entonces el Maestro se encontraba tan enfrascado en sus pensamientos, que comenzó a perder la noción de lo que acontecía a su alrededor, al mismo tiempo en que aumentaba su velocidad considerablemente. Y al hacerlo, se relajó tanto que dejó caer el pergamino sin darse cuenta, y ni siquiera escuchó a Andem cuando le llamó para avisarle. Y de inmediato Andem bajó en picada para ir en busca del pergamino, el cual iba cayendo hacia un pequeño bosque sobre el cual volaban. Y mientras tanto, el Maestro iba perdiendo altura y se notaba claramente que pensaba en algo que lo tenía totalmente desconectado de la realidad.

¿Por qué Andem comenzó a tratarme con respeto tan de repente? – se preguntaba.

¡Será que...! – se preguntó en voz baja, frenando de golpe.

¡Será que también puede leer la mente!

¿Habrá descubierto quién soy? – se preguntó luego, con notable preocupación.

Pero ¿Dónde...? – agregó de inmediato, al percatarse de que algo le faltaba.

¿Buscabas esto? – le preguntó Andem, quien ya estaba justo detrás de él, con el pergamino en sus manos.

¡Regrésamelo! – le exigió el Maestro.

Aquí tiene. – le entregó Andem, sin entender.

¿Acaso lo abriste? – le preguntó, mientras lo examinaba cuidadosamente.

¿Acaso intentabas hacer trampa? – añadió luego.

¿Quién cree usted que soy? – le reclamó Andem, notablemente enojado.

¡No soy ningún fisgón!, – añadió. – ¡Y puede hacer con él lo que le plazca! – repuso groseramente, al mismo tiempo en que emprendía el vuelo hacia el norte, a una increíble velocidad.

¡Andem, espera! – le gritó el Maestro.

¡Ese no es el camino! – agregó luego, mientras intentaba seguirlo a duras penas, pues Andem volaba tan rápido que en poco tiempo lo perdió de vista.

El Maestro volaba lo más pronto posible para ver si lograba alcanzar a Andem. Pero éste salió a una velocidad que el mismo Maestro no pudo siquiera igualar. Y después de haber recorrido una gran distancia en muy poco tiempo, Andem al fin se detuvo. Sin embargo, por la expresión de su rostro se podía ver que estaba muy enojado, y sus alas parecían desaparecer a causa de la gran velocidad con que las batía, a pesar de ser

tan grandes y pesadas. Su mirada era fría y un tanto malévolas. Su respiración era rápida y forzada, y sus cabellos, de no ser por el viento, parecían estar flotando libres de la fuerza de la gravedad.

Andem estuvo acompañado por la soledad y su ensordecedor zumbido cual gran avispon durante unos minutos. Y mientras más pasaba el tiempo, más parecía enojarse, ya que apretaba sus puños fuertemente. Hasta que de repente...

- ¡Ahí viene el anciano! – dijo con notable furia, mientras a sus espaldas, y muy a lo lejos, se comenzaba a vislumbrar a alguien que se acercaba, volando a considerable velocidad.

De alguna forma Andem se dio cuenta de que el Maestro se aproximaba, a pesar de que éste aún se encontraba muy lejos de él. Y al sentirlo se airó aún más, mientras que el batir de sus alas comenzaba a recuperar la velocidad habitual, y su respiración se volvía más lenta y profunda. Sus manos se abrieron despacio, y sus cabellos comenzaron a ser movidos por el viento que soplaba desde el oeste. Y entonces, cuando el Maestro se encontraba a unos pocos metros detrás de él, Andem se volvió bruscamente y extendiendo su brazo derecho hacia adelante, con la mano totalmente abierta, causando que el Maestro se detuviera de forma violenta, como si se hubiese estrellado contra algo muy duro.

De inmediato Andem mostró una aterradora sonrisa y el Maestro, al intentar batir sus alas para no dejarse caer, se dio cuenta de que se encontraba inmóvil. Por lo que, horrorizado, comenzó a exclamar.

¡No fue mi intención ofenderte!

Ya lo sé. – contrapuso Andem, mostrando una repentina sonrisa amigable.

Pero al ver el drástico cambio de expresión de su rostro, el Maestro sólo atinó a sentir más pavor, pues no sabía lo que estaba pasando por la mente del joven ángel en ese momento.

- No tienes por qué asustarte. – le dijo, en un tono que parecía sincero. Pero al escuchar esto el Maestro se aterrorizó hasta temblar. Por lo que Andem giró su mano derecha, la cual aún estaba extendida, y la acercó a su pecho. Y mientras hizo esto el Maestro fue atraído hacia él. Luego Andem levantó su mano izquierda y la movió suavemente hacia el Maestro, logrando que éste se detuviese a pocos centímetros de sus manos. Y esta demostración de poder le causó escalofríos al confundido

anciano. En cambio, Andem, sonriendo amablemente, le habló.

No se preocupe. – dijo. – Ya no estoy enojado, porque entendí el porqué de su actitud.

Usted tiene como misión entrenarme luego de someterme a varias pruebas. Aunque no tiene ni idea sobre la misión que Nuestro Padre tiene para mí. O me equivoco. – agregó luego, dejándolo en libertad.

Veo que volviste a leer mi mente. – dijo el Maestro, mientras se equilibraba.

¿Cuándo supo que podía hacerlo? – le preguntó Andem, sorprendido.

Muchos ángeles pueden hacerlo. – le respondió.

Y... ¿Qué tanto husmeaste en mi cabeza? – le preguntó luego.

Se lo cuento en el camino. – dijo Andem, dirigiéndose rápidamente hacia la Gran Llanura.

¡Andem!

¡Apresúrese!, ¡Tiene que entrenarme cuanto antes! – le gritó el joven ángel, sin detenerse.

Y sin decir más el Maestro lo siguió en su vuelo hacia la Gran Llanura, y al alcanzarlo se dio cuenta de que Andem iba muy entusiasmado y decidido a cumplir con su misión, sea cual sea. Y sin perder tiempo el joven ángel le comenzó a contar lo que había visto en su mente.

Empezó por decirle que lo vio frente al Trono Divino hablando con Dios Todopoderoso, por lo que el Maestro lo interrumpió.

¿Cómo que me viste hablando con Dios?

Por extraño que parezca, - dijo Andem - esta vez no sólo pude leer tus pensamientos, también vi y escuché parte de lo que hablaste con Dios, antes de ir a buscarme.

¡Espera un momento!, - se sorprendió el Maestro. – ¿Me estás diciendo que viste lo que pasó en el Trono Divino?

Algo así. – le respondió. –Aunque no sé cómo...

Esto se va poniendo cada vez más misterioso y aterrador... - pensó el Maestro.

Lo mismo digo. – agregó Andem.

¡Ya deja de hacer eso! – le reclamó, por volver a meterse en su mente.

Lo siento. – dijo Andem.

¿Quieres que te siga contando, o no? – preguntó luego.

Por cierto, Andem. – volvió a interrumpir el Maestro. - ¿Por qué a veces me tratas de "tú", y otras me hablas con cierto respeto?

¡Ay! Olvídalo anciano. – dijo Andem, acelerando.

¡Está bien! No importa. – comentó el Maestro, sonriendo mientras le seguía.

Cuéntame lo que viste. – agregó luego, y de inmediato Andem inició su relato.

Comenzó por donde se había quedado, diciendo que vio al Maestro frente a Trono Divino, y que éste estaba hablando con Dios Todopoderoso. El Señor le decía que tenía que entrenar a Andem cuanto antes, ya que debía partir antes del mediodía a comenzar su misión en La Tierra.

Dios no tenía forma física aparente. Sólo se podía ver un gran destello de luz sobre un enorme sillón, al fondo de un enorme salón rodeado de inmensas columnas. Y a su derecha había otro sillón, aunque mucho más pequeño que el primero. Pero algo grande como para que un ángel o un arcángel pudiese sentarse sobre él sin tener que volar. Y la luz que emanaba del gran trono de Dios impedía ver claramente el otro sillón, pero por el brillo que tenía, se podía asegurar que estaba hecho de oro puro, con algunos acabados en plata.

Luego de describir un poco a Andem, Dios le pidió al Maestro que levantase su mano derecha ante Él, y al hacerlo, un extraño pergamino apareció sobre ella. Dios le dijo que el principio de su misión sería someter a prueba y entrenar a quien fuera su última creación, quien se encontraba en la Isla de la Sabiduría, en la zona central del continente occidental.

El Maestro asintió con la cabeza, y luego Dios le dijo lo siguiente:

Debes entrenar a Andem con firmeza,

Rudeza y, sobre todo, mucha paciencia.

En ese pergamino está la información

Sobre las pruebas que ha de tomar Andem.

Mas en un momento dado lo perderás

Sin darte cuenta y Andem lo hallará

Él podrá abrirlo de querer hacerlo

O devolvértelo aún sellado, si desea.

Sabrán de qué trata la primera prueba al llegar a su destino. – agregó luego.

De inmediato el Maestro se volvió hacia unas escaleras que daban hacia el pasillo sur del Trono Divino. Y corrió hacia ellas y saltó, dejándose caer mientras le aparecían las alas para comenzar su vuelo a través de un enorme salón a oscuras, para luego acceder al enorme pasillo sur, franqueado por enormes columnas con antorchas encendidas, pues aún faltaban unas tres horas para el amanecer.

Después de eso no vi más nada. – comentó Andem, terminando su relato.

Y fue entonces cuando le dije que no se preocupara. – concluyó.

¿Eso es todo? – preguntó el Maestro, con cierta incertidumbre.

Sí. – respondió Andem. - ¿Por qué la pregunta?

Por nada. – comentó, con notable confusión.

Esto es tan extraño... - pensó, mientras miraba hacia Andem.

Debemos apresurarnos. Nos hemos retrasado mucho. – agregó luego, exhortándole a volar con prisa hacia la Gran Llanura.

Sin embargo, Andem permaneció en aquel lugar por un instante, mirando fijamente al ser que se alejaba, al mismo tiempo en que mostraba una extraña sonrisa.

- ¡Eres muy ingenuo! - alcanzó a decir, en tono bajo. Pero dejó de hablar al ver que el Maestro se había detenido de repente cuando ya se encontraba a unos veinte metros de él, y comenzaba a volverse hacia atrás. Por lo que, al ver esto, Andem pareció asustarse un poco y abrió bien sus alas para volar a toda velocidad, tratando de acercarse más al Maestro, antes de que éste se volviera por completo. Y de inmediato se inclinó un poco hacia adelante, posicionando bien sus alas para intentar acercarse en poco tiempo. Pero, por alguna razón, Andem no llegó a batir sus alas ni una vez. Pues, simplemente desapareció.

Sí, desapareció por un instante, y al siguiente segundo apareció justo a espaldas del Maestro, quien no llegó a volverse por completo, ya que fue empujado hacia adelante por el viento que causaron las alas de Andem al frenar bruscamente, para no estrellarse contra él. Y al ver lo que ocurría,

Andem voló para socorrerle.

No creí que vinieras tan cerca. – comentó el Maestro, mientras retomaba el control sobre sí mismo.

¿Dijiste algo hace un momento? – preguntó luego.

¡Casi lo atropello! – pensó Andem, mirando hacia abajo.

El mar es tan inmenso... - agregó luego, logrando que el Maestro también mirase hacia abajo.

En efecto, ellos se ya encontraban volando sobre un gran océano que se unía al Cielo de norte a sur, y por el este se comenzaba a ver la vegetación de una isla, posiblemente más pequeña que la Isla de la Sabiduría. Andem se encontraba un poco nervioso, pero el Maestro no se percató de ello. Sino que emprendió nuevamente el vuelo hacia el oriente. En cambio, Andem lo siguió, pero volando mucho más despacio.

Andem se veía muy pensativo. Su cabeza estaba llena de preguntas y, mientras aceleraba para seguir más de cerca al Maestro.

¡Eso estuvo cerca! – pensó, mientras recordaba lo ocurrido momentos atrás.

¿Cómo me escuchó hablar, si estaba muy lejos de mí? – se preguntó.

Y... ¿Cómo pude volar tan rápido? – concluyó, sin bajar la velocidad.

Él estaba un poco asustado tanto de sí mismo como de aquél anciano, quien encerraba muchos misterios, los cuales le daban cierto temor a Andem, pero lo emocionaban a la vez. Por lo que se posicionó a la izquierda del Maestro y le sonrió. Sin embargo, el Maestro se veía muy serio, y la expresión de su rostro reflejaba cierta preocupación e impaciencia. Y al verlo así, Andem enfocó su mirada hacia adelante, dejó de sonreír y comenzó a pensar en todo lo que le había sucedido desde que el maestro le despertó al amanecer.

No fue así como sucedió... – pensó el Maestro, mientras comenzaba a recordar lo ocurrido en el Trono Divino.

Dios le comentaba al Maestro que Andem era un ser especial con grandes habilidades ocultas, las cuales iría descubriendo a medida que vaya completando su misión en La Tierra. Y luego de describir un poco a Andem, Dios le pidió al Maestro que levantase su mano derecha, y al hacerlo, un extraño pergamino apareció sobre ella. El Maestro asintió con la cabeza, y luego Dios le dijo:

Debes entrenar a este ser con firmeza,  
Esmero, rudeza y, sobre todo, con gran  
Sabiduría, paciencia y bondad.

Tienes en tu mano un pergamino  
Indispensable para su entrenamiento.

No le comprenderás al principio y lo  
Obligarás a enojarse contigo.

Acabarás por enojarte también y  
No estarás contento hasta hacer una  
Demostración de poder, con la que  
Este ser aprenderá a dominar aún  
Más una de sus grandes habilidades.

Luego Dios dijo que en un momento dado el Maestro perdería el pergamino sin darse cuenta, por lo que Andem, al encontrarlo, tendría el derecho a decidir si éste llegaba o no llegaba sellado a la Gran Llanura. Lugar en donde el nuevo ser sería sometido a tres pruebas, antes del entrenamiento que lo prepararía para ser enviado a La Tierra. También dijo que Andem se encontraba durmiendo en una pequeña villa al sur de la Isla de la Sabiduría, la cual se situaba en la parte central del gran

continente del occidente.

La velocidad de vuelo será parte de la primera prueba. – le dijo.  
Sabrán en qué consistirá el entrenamiento una vez concluya la última prueba.

¿Puedo preguntar algo, Señor? – refirió el Maestro.

Ya lo hiciste. – dijo el Todopoderoso, con cierta alegría.

Me di cuenta, Señor. – comentó el Maestro, también sonriente.

Pero aun así contestaré tu pregunta. – dijo Dios.

Volando, es como podrás ir a la Isla de la Sabiduría.

¿Volando?! – le preguntó el Maestro. – ¿Cómo? Si no soy un ángel, Señor.

Pero tienes alas. – contrapuso Dios, riendo alegremente.

De inmediato el Maestro sintió un gran peso que antes no estaba, debido al enorme y reluciente par de alas que le habían aparecido de la nada. Lo que causó que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas al piso.

Luego miró sobre sus hombros y se sorprendió al ver tan hermosas alas. Al tiempo en que se tocaba la espalda, notando que sus ropas ahora tenían dos agujeros, por donde sus alas se unieron a su cuerpo. Y sentía una extraña sensación en sus omóplatos, huesos a los cuales sus alas estaban conectadas. Pero el intentar ponerse de pie se le hizo difícil, por lo que Dios lo levantó con su gran poder y le dio equilibrio sobre sus pies.

Ya es hora de que pierdas el miedo a las alturas. – le dijo.

Lo sé, mi Señor. – dijo el Maestro, un poco avergonzado.

¡Anímate! Eres el indicado para esta misión.

¡Gracias, Señor! – se alegró el Maestro.

Ya puedes ir en busca de Andem sin problemas. – dijo Dios.

Es que... me siento raro con alas... - dijo el Maestro, mientras se escuchaba una fuerte carcajada de Dios.

Si ya pareces el ángel que un día serás. – comentó Dios, mientras reía alegremente.

Hacía mucho que no te escuchaba reír así. – dijo el Maestro, con cierto grado de confianza.

La risa relaja el cuerpo y evita el envejecimiento precoz. – dijo Dios. –

¡Pero tú pareces no haberte reído nunca! – agregó, esta vez con un tono de voz un tanto diferente, y riendo a más no poder, en una forma burlona.

¡Eres un anciano! – dijo luego, confundiendo en gran manera al Maestro.

¡Pero, Señor! – exclamó. – ¿Qué hice para que usted se burle de mí?

Y de repente la voz del Señor cambió drásticamente. Era la voz más fuerte y grave que se haya podido escuchar jamás. Dios se empezó a escuchar muy enojado, sin razón aparente, y la luz que emanaba de Él comenzó a parpadear, mostrando en ocasiones la silueta de un robusto ser, sentado en el trono.

¡Vete a buscar a Andem! – le dijo la enojada voz de Dios.  
¡Debes enviarlo a La Tierra lo antes posible! – concluyó, señalando con su fuerte brazo las escaleras que daban al pasillo sur del Trono Divino.

Sin perder tiempo el Maestro corrió hacia las escaleras, mientras a duras penas abría sus alas antes de dar un salto y lanzarse por las escaleras, horrorizado por el repentino enfado de Dios. El Maestro planeaba torpemente e intentaba mantenerse en el aire mientras descendía sobre las escaleras. Y al llegar al gran pasillo rodeado de enormes columnas con antorchas encendidas, el Maestro se detuvo y miró preocupado hacia arriba, notando que la luz que provenía del Trono Divino se había apagado. Lo que le hizo saber que Dios se había retirado de allí.

Entonces, decidido a llevar a cabo su misión, el Maestro se dirigió hacia la salida sur del gran palacio celestial, y emprendió el vuelo en dirección suroeste. Pero lo hacía con algunos contratiempos mientras se acostumbraba a tener que batir sus alas para no caer, al mismo tiempo en que pensaba en lo ocurrido con Dios. Ya que la última vez que él vio al Padre tan enojado fue en los días cercanos al Gran Diluvio. Pero aquella ira fue causada por los humanos, al desviarse de los senderos del Divino.

El maestro estaba seguro de que no había hecho algo que haya hecho enojar al Señor a tal magnitud, pues ni siquiera en los días de Noé su voz se escuchó tan diferente.

Parece que algo grave está ocurriendo en La Tierra. – dijo, incrustándose en sus propios pensamientos.

Ahora debe haber miles de millones de personas. – pensaba. – Eso conlleva a más pecados, más maldad que antes del Gran Diluvio o la entrega misma del Primogénito.

Tal parece... - titubea un poco. – No, no puede ser... - dijo, deteniéndose. El Hijo del Padre aún... – pensó, mientras miraba hacia atrás.

Pero por el enfado de Dios, parece que el Día del Juicio Final se aproxima.  
– concluyó.

Y después de analizar y pensar en las posibilidades, el Maestro se fue alejando y perdiéndose en la inmensidad del cielo nocturno.

- Sea cual sea la misión de Andem, debo darme prisa en entrenarlo. – pensó el Maestro, al retornar de sus recuerdos. Por lo que miró hacia el joven ángel, mostrando una gran sonrisa al mismo tiempo en que se le adelantaba con cierta velocidad.

Andem se le quedó viendo mientras se alejaba, y luego aceleró y giró alrededor del Maestro, haciendo varias piruetas, antes de decir.

¿Cree que pueda ganarme?

¿Me estás retando? – le preguntó el Maestro, mostrando una sonrisa. Por lo menos le servirá de calentamiento. – pensó luego, dejándose caer cual ave herida.

De inmediato Andem se lanzó en picada, dejándose atraer por la gravedad mientras el maestro hacía lo propio. Y así, ambos se enfrentaron en una divertida contienda para ver quién de los dos llegaría primero a la Gran Llanura.

El Maestro extendió sus alas rápidamente para comenzar a volar hacia su destino. En cambio, Andem permaneció en caída libre, con sus alas bien recogidas, quedando así detrás del Maestro por unos instantes. Y luego de caer durante unos segundos, Andem abrió sus alas para sin perder tiempo alcanzarle. Y como todo un exhibicionista, Andem maniobraba ciertas piruetas de vez en cuando, sin perder velocidad. Y así ambos se fueron perdiendo en la profundidad del vasto cielo azul.

Al cabo de largos minutos de vuelo el Maestro aún seguía su curso en total línea recta. Pero Andem continuaba sonriendo y haciendo piruetas. Disfrutando cada momento de la trayectoria, sin que siquiera se viese cansado, al igual que su longevo contendiente, quien ya comenzaba a sentir los estragos de su primer día de vuelo. Pues pensaba en que si seguía a ese ritmo acabaría por agotarse en poco tiempo. Sin embargo,

así como Andem, él iba divirtiéndose mucho. Sonriendo y mirando hacia adelante a medida en que avanzaban para llegar lo más pronto a su destino.

Todo marchaba sin interrupciones hasta que de pronto Andem se detuvo de forma brusca, mirando hacia el norte, como si algo ocurriese por allí. Y el Maestro, frenando suavemente, se volvió para ver por qué el joven ángel se había detenido.

- ¿Qué es esto? – se preguntó Andem, con la mirada fija en el horizonte del norte. Mientras el Maestro se le acercaba para preguntarle, con cierta incertidumbre, por qué se había detenido tan repentinamente. Pero Andem permaneció en silencio, sin mover más que sus alas para mantenerse a flote.

El Maestro volvió a hablarle, preguntando si algo ocurría. Ya que la expresión de Andem parecía reflejar cierto miedo. Pero Andem continuó mirando hacia el horizonte en total silencio por un momento. Y después miró hacia el Maestro, justo antes de que éste le preguntase algo.

No pasa nada. – le dijo, mostrándose confundido.

Es sólo que sentí una extraña sensación, proveniente del Trono Divino. – agregó.

¿De qué estás hablando? – preguntó el Maestro.

No estoy seguro. – dijo Andem. – Pero me pareció haber escuchado la voz de Dios. – agregó, con cara de preocupación. Mirando nuevamente hacia el norte.

¿La voz de Dios?! – preguntó el Maestro. – Pero ¿cómo...?

¡No lo sé! – refirió Andem, interrumpiéndolo.

Sólo creo haber escuchado la voz de Dios, vociferando con gran ira y maldiciendo a alguien, o algo así... - concluyó, rascándose la cabeza.

Después de escuchar las palabras de Andem el Maestro se quedó muy pensativo. Parecía que estaba analizando algo, y luego miró en dirección este, hacia donde se dirigían. Luego miró hacia el norte, hacia donde se encontraba el Trono Divino. Y, por último, el Maestro se volvió hacia Andem, y con la curiosidad típica de un niño, le preguntó:

¿Qué tipo de maldiciones?

¿Podrías decirlas? – añadió luego, con notable impaciencia.

¿Qué rayos fue eso? – pensó Andem, muy serio, sin responder.

No importa – dijo el Maestro, volviendo a mirar hacia el este.

Si lo escuchaste maldecir... no te aflijas por eso. – añadió.

El Señor ya se ha puesto así anteriormente. – prosiguió. – Primero fue en los días antes del Gran Diluvio. Después fue cuando entregó a su Hijo en manos de la humanidad. Y extrañamente... se enfadó mucho más, momentos antes de crearte. – concluyó.

¿Antes de crearme? – preguntó Andem, mirándolo con cierta incertidumbre.

Eso sólo significa una cosa. – comentó el Maestro.

Que el Día del Juicio Final se acerca. Y me parece, Andem, que tú jugarás un papel muy importante en ese acontecimiento. – añadió, volviendo la mirada hacia el joven ángel.

¿Día del Juicio Final? – se preguntó Andem, en voz baja.

Aunque... tal vez sólo sea especulaciones mías. – dijo el Maestro.

Pero estamos muy retrasados. Debemos irnos.

Entendido. – dijo Andem, con notable confusión ante lo ocurrido.

Y rápidamente ambos retomaron el vuelo hacia la Gran Llanura. Pero ya se habían olvidado de la pequeña competencia que habían estado librando momentos antes.

El Maestro volaba sin indicios de preocupación alguna. En cambio, Andem iba muy distraído, confundido por todo lo que escuchó. Él iba sumido en sus propios pensamientos, analizando datos en su vasta memoria llena de información suministrada por Dios, después de haberlo creado. Sin embargo, a pesar de sus diferentes estados de ánimo. Ambos volaban decididos a llegar cuanto antes a su destino, y se perdieron nuevamente en la inmensidad del Cielo.

Mientras tanto en el Trono Divino estaba ocurriendo algo muy extraño. Una fuerte discusión parecía estarse llevando a cabo, en donde se escuchaban dos voces, gritando y maldiciendo sin parar.

Una de las voces era la misma que Andem había escuchado anteriormente; la voz de Dios. La otra voz era muy parecida a la del

Todopoderoso, pero se diferenciaba de ésta por sonar muy agresiva, por las fuertes y muy groseras maldiciones que decía, y por su tono retador e irrespetuoso.

En el Trono Divino no había nada más que la radiante luz que provenía del Señor. Y curiosamente, ambas voces parecían salir del mismo ser, ya que la luz resplandecía mucho más de lo normal cuando la voz que se escuchaba era la de Dios. En cambio, la luz se opacaba mucho cuando se escuchaba la segunda voz.

Dios hablaba sobre la paz y la bondad en el universo. Y de seguro se dirigía hacia la otra voz, la cual, al momento en que se opacaba la luz, no tardó en decir.

¡No me hables pendejadas sobre la paz y la bondad! Sabes perfectamente que todo te ha salido mal desde que le diste aliento de vida a tu última creación. – agregó.

Las cosas son como han de ser. – dijo Dios.

Y al escuchar esto la irritada voz estremeció el Trono Divino, con una perversa carcajada que se escuchó en los alrededores. Captando la atención de algunos ángeles que volaban por las cercanías, rumbo hacia la Gran Llanura.

¡No me hagas reír! – dijo la segunda voz.

Lo curioso, es que ya te estas riendo. – dijo Dios, sin enojo alguno.

¡Eres desesperante! – dijo la otra voz, con notable enojo.

¡Calma tu ira! – dijo Dios. – Ya tienes lo que querías.

¿De qué estás hablando si...? – dijo la otra voz, sin terminar.

¡Maldición!

¡Será hasta la siguiente ocasión! – concluyó la irritada voz, volviendo así a resplandecer la luz del gran Trono, con su brillo habitual.

¿Qué quería esta vez, Padre? – dijo una tercera voz, de pronto.

Lo mismo de siempre, Hijo. – contestó Dios, amablemente.

Continúa con tu descanso... falta poco tiempo para tu segundo viaje a La Tierra.

¡Que así sea, Padre! – dijo la voz, dejándose de escuchar.

## Capítulo 2

### La Gran Llanura

Tras largos minutos de recorrido, Andem comenzó a volar de una forma más tranquila y justo a la izquierda del Maestro. Y éste, en cambio, volaba cada vez más rápido, sosteniendo con firmeza el pergamino que llevaba en su mano derecha.

Andem iba más rápido conforme el Maestro aceleraba. Pero mientras más avanzaban, más impaciente se veía. Por lo que terminó preguntando.

¿Cuándo llegaremos?

Ya falta poco. – respondió el Maestro, sonriendo.

¡Esta es la enésima vez que lo dice! – reclamó Andem.

Ya sabías que era un largo recorrido, ¿Por qué desesperas entonces?

No pensé que quedaba tan lejos. – dijo Andem.

Mira hacia adelante. – comentó el Maestro, mientras se acercaba el pergamino al rostro, para mirarlo con cierta preocupación.

- ¡Es tierra firme! – exclamó Andem, al ver que el eterno horizonte había terminado por mostrar un extenso terreno frondoso. Con un verde espectacularmente bello. Y esto provocó que Andem volviese a volar haciendo piruetas, y comenzó a adelantarse, desesperado por la emoción. Sin embargo, el Maestro no dejaba de mirar el pergamino, mientras aceleraba al decir que no había tiempo que perder para entrenar a Andem. Y al alcanzarlo, el Maestro le invitó a seguirle deprisa, por lo que en poco tiempo ambos se vieron volando sobre un enorme y maravilloso bosque lleno de vida.

El gran bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Y se podían apreciar, de vez en cuando, algunas aldeas en los claros, a orillas de varios ríos que serpenteaban por el hermoso lugar.

Andem estaba maravillado con el bello paisaje, hasta que su visión se vio entorpecida por una enorme y cegadora luz que resplandeció de repente a lo lejos, aumentando fugazmente su intensidad en un instante, hasta desaparecer por completo.

¿De dónde vino esa luz? – preguntó, cubriéndose los ojos.  
Supongo que de la Gran Llanura. – contestó el Maestro.  
Deben estar impacientes. – pensó, con notable preocupación.  
Parece que seremos los últimos en llegar. – comentó luego, ganando velocidad.  
¿Los últimos en llegar? – preguntó Andem. - ¿Qué quieres decir con eso?  
Al salir de tu casa te preguntaste que en dónde se encontraban todos.  
Pues... están en la Gran Llanura. – Dijo el Maestro.  
¿Qué hacen todos allá? – preguntó Andem.  
Además de ti, hay otro ángel proveniente de la Isla de la Sabiduría, que también será sometido a pruebas junto contigo. – le contestó.  
¡Grandioso! – dijo Andem, con cierto entusiasmo.  
¡Vamos! Bajemos al interior del bosque. – le dijo el Maestro, mientras comenzaba a descender.

Sin embargo, cuando el Maestro quiso entrar al mismo, Andem ya se encontraba volando entre los enormes árboles, esquivando ágilmente todo lo que encontraba a su paso. Y entonces, el Maestro se detuvo por un instante, sonriendo mientras lo veía perderse entre la vegetación, y luego, sin perder mucho tiempo ascendió y retomó su rumbo. Al mismo tiempo en que pensaba en lo ingenuo que era Andem, al adentrarse en el bosque sin saber el porqué.

Andem iba tan concentrado en su vuelo en medio de los árboles, que no se dio cuenta de que el Maestro no lo seguía. Dejándolo sólo allí, volando descuidadamente mientras esquivaba ramas, troncos enormes y cualquier animal que se le cruzara en el camino. Pero volar evitando obstáculos le hacía perder tiempo y velocidad. Por lo que el Maestro, volando en cielo abierto, se le adelantó tanto que en poco tiempo dejó el bosque atrás. Y descendió de inmediato para volar a pocos metros del suelo, mientras guardaba el pergamino entre sus ropas.

Luego juntó sus manos frente a su pecho, para luego llevarlas hacia el frente, al mismo tiempo en que una enorme línea recta se formaba sobre el hermoso pasto que crecía en el lugar, a medida en que él avanzaba. Entonces, después de haber trazado una larga línea recta, el Maestro separó sus manos, llevándolas hacia los lados, formando así una gran flecha sobre el pasto para indicarle el camino a Andem, una vez llegase a salir del bosque.

Después el Maestro volvió a ascender rápidamente, y ya comenzaba a ver la inmensidad de la llanura sobre la cual se veía a lo lejos a un sin número de ángeles revoloteando a cierta altura.

La Gran Llanura era tan inmensa que el bosque comenzaba a verse diminuto, a medida en que el Maestro ganaba altura para intentar ver por completo la incalculable cantidad de ángeles que se encontraba reunida en el lugar. Y al detenerse en lo alto, el Maestro logró ver que la cantidad de ángeles que revoloteaban sobre la llanura llegaban a ser miles. Sin embargo, éstos eran pocos al compararlos con los que se encontraban de pie sobre aquél gigantesco lugar, esperando a que comenzaran las pruebas. Por lo que luego de observar con asombro este blanco océano de ángeles, el Maestro comenzó a descender, mientras ubicaba entre la multitud, un espacio abierto en donde aterrizar para esperar a Andem. Quien aún se encontraba en el bosque.

- ¡Algo anda mal! – pensó él, mientras esquivaba el enorme tronco de un árbol, y comenzaba a notar un extraño silencio. Además de la oscuridad que comenzaba a dominar el lugar, ya que los frondosos y enormes árboles ya no dejaban pasar los rayos de sol. Y después de rodear el enorme tronco, Andem se detuvo y miró hacia atrás, y para su sorpresa, no había rastros del Maestro.

¿Pero dónde...? – se preguntó, mirando hacia todas partes, sin ver más que árboles y penumbras a lo lejos.

¿Dónde estará ese anciano? – se preguntó, con cierta angustia. Pero una extraña sensación lo hizo mirar hacia el este, por donde a lo lejos se comenzaba a ver la luz del sol. Y su angustia se esfumó de inmediato.

- ¡Ese anciano me las va a pagar! – se enfureció, volando con prisa mientras esquivaba los pocos árboles que le faltaban para adentrarse en la Gran Llanura. Pero él salió tan rápido del bosque, que vio la flecha que el Maestro había dibujado para indicarle el camino a seguir. Y por la velocidad que llevaba, el pasto se removió, borrando así la misma, casi en su totalidad. Mas Andem, guiado por su instinto comenzó a elevarse con prisa, para luego dirigirse hacia el lugar en donde sentía la presencia del

Maestro, quien ya se encontraba sobre un buen espacio abierto para aterrizar.

El Maestro se detuvo un instante para contemplar a los miles de ángeles que volaban sobre él, cual bandada de pájaros alborotados. Y después de observar sus movimientos con cautela, sonrió mientras sacaba el pergamino de entre sus ropas, y luego comenzó a descender en el amplio espacio libre que había destinado para su llegada. Y al tocar sus alas desaparecieron, al mismo tiempo en que la multitud presente aplaudía su llegada.

La gran mayoría de ángeles eran idénticos. Eran semejantes entre sí, sin distinción de género alguno, a excepción de unos pocos que tenían su propio rostro, género y color de piel, además de ciertas características como tamaño y formas de cuerpo, también algo diferentes a los de la gran mayoría.

Unos cuantos ángeles se adelantaron a recibir al Maestro. Entre ellos uno de edad un poco avanzada, pero notablemente mucho más joven que él. Al menos, en apariencia.

La túnica de este longevo ángel tenía algunos diseños dorados que la atravesaban verticalmente, cruzando desde la espalda hacia el frente, uniéndose a un cinturón, también dorado, que este ángel traía puesto. Este ángel también traía un pergamino en su mano derecha, muy similar al que tenía el Maestro. Por lo que al parecer él también iba a entrenar a alguien. Y entonces, al ser el único que se atrevió a acercarse lo suficiente al Maestro, lo miró con cierta arrogancia, y le dijo.

¡Lo veo y no lo creo! – refirió, en tono burlón. - El anciano llegó volando. ¡Y con alas propias!

¿Qué tiene de malo? – preguntó el Maestro, un tanto ofendido.

¡Cálmate! – dijo el ángel, con una gran sonrisa.

Es sólo que no acostumbraba a verte por aquí. Ni siquiera te dignaste a venir a recibir a Jesús cuando regresó de ese terreno baldío llamado Tierra.

¡No hables así de La Tierra! – exclamó el Maestro, muy furioso.

¿Qué es lo que te pasa? – agregó.

¿Vas a defender a esos mortales? – preguntó el ángel, con arrogancia.

No es de extrañar, ya que...

¡Cállate Arel! – exclamó el Maestro, levantando su mano derecha y poniendo un extremo del pergamino cerca del rostro del extraño ángel llamado Arel.

Al ver este inusual gesto por parte del Maestro, algunos se acercaron al lugar, entre ellos una hermosa joven que se detuvo a la diestra de Arel. Y éste, al ver el pergamino, volvió a sonreír.

¿Acaso vas a entrenar a alguien? – preguntó, con burlona sonrisa.  
¡Tú! – agregó de inmediato, riendo fuertemente.

Pero mientras se burlaba miró nuevamente hacia el pergamino que traía el Maestro, y su sonrisa se borró mucho más rápido de lo que tardó en aparecer. Luego Arel retrocedió unos pasos, y con su índice izquierdo apuntó hacia el pergamino.

¡No me digas que eres quien ha de entrenar al nuevo ser! – se sorprendió Arel.

¿Acaso tú entrenarás a Andem? – preguntó, incrédulo, aun mirando hacia el pergamino.

¿Quién te dijo eso, Arel? – preguntó el Maestro.

¡El... el pergamino! – dijo Arel, aun señalándolo con su dedo.

¡Tiene su nombre en él! – agregó.

De inmediato el Maestro se puso a mirar el pergamino, y notó algo que antes no estaba. El pergamino tenía un extraño sello con el nombre de Andem. Y bajo el nombre se encontraban dos extrañas espadas con ondulaciones y de doble filo. Terminando ambas en una finísima y aguda punta. Y estas raras espadas estaban cruzadas al estilo pirata. Ambas hechas de plata.

El sello tenía una especie de seguro que se encontraba horizontalmente sobre el nombre. Específicamente sobre la "N" y la "D" en conjunto. Y el espacio que separaba éstas dos letras era mayor al espacio que separaba a las demás letras entre sí.

Este seguro estaba hecho de oro, y girándolo para que quede

verticalmente entre dichas letras, se podía abrir el pergamino.

¿Desde cuándo apareció? – se preguntó el Maestro, mientras lo examinaba.

¿Dónde está tu aprendiz? – preguntó Arel, acercándose nuevamente. Si en verdad vas a entrenarlo, ¿dónde está él? – agregó de inmediato, volviendo a sonreír.

Lo dejé en el bosque hace un momento. – dijo el Maestro, mirando con curiosidad el pergamino que Arel traía consigo.

¿Quién es Tiara? – le preguntó luego, al ver ese nombre en otro extraño sello sobre el pergamino de Arel.

¿Un ángel con apariencia femenina? – concluyó, riendo en forma burlona.

Y luego de escuchar las insinuaciones del Maestro, Arel levanto su mano derecha para observar su pergamino. Y vio un sello que no estaba allí antes de que el Maestro llegase. Este sello estaba conformado por una espada delgada, de doble filo, que apuntaba hacia abajo.

Esta espada también estaba hecha de plata, y en el mango tenía impresa una "T" invertida, la cual se viera correctamente si se voltease la espada hacia arriba. Y envuelta sobre la espada, estaba lo que parecía ser una especie de látigo de color blanco, el cual parecía brillar.

Este sello tenía el nombre "TIARA", también escrito en oro. Y la espada se ubicaba justo detrás de la tercera letra. Y su seguro estaba conformado por la línea central de la letra sobre la espada. Y entonces, confundido por lo acontecido, Arel miró fijamente al Maestro, y luego miró al joven ángel que se encontraba a su lado para decirle que al parecer su misión en La Tierra sería muy importante.

¿Ella es Tiara? – preguntó el Maestro.

Sí, señor He... – contestó la joven.

¡Déjame decirte que Tiara tiene muchas habilidades especiales! – dijo Arel, interrumpiendo a su aprendiz con presunción. Pero el Maestro sonrió, sin parecer interesado en ello.

¡Tiara es el ángel más veloz que he visto! – agregó Arel, tratando de llamar la atención.

¿Eso es todo lo que puede hacer? – preguntó el Maestro.

¿Volar rápido? – agregó, con una sonrisa.

Y al ver la actitud del Maestro Arel se enojó mucho y se le acercó para decirle algo. Pero justo cuando él iba a hablar, una asustada voz le interrumpió.

¡Alguien viene hacia acá! – exclamó Tiara, con los ojos cerrados.  
¡Vuela muy rápido, y está enojado! – añadió, asustada por alguna razón.  
¿De qué estás hablando, Tiara? – le preguntó Arel.  
¿Cómo que alguien viene? – agregó luego, con notable curiosidad.  
¡Ese debe ser Andem! – dijo el Maestro, mirando hacia el cielo de occidente.  
¿Qué es lo que está pasando, Tiara? – preguntó Arel, sin entender.  
¡Ahí viene! – dijo uno de los ángeles que se encontraban en el lugar.

Y sin perder tiempo todos miraron hacia el occidente y vieron a lo lejos a un ángel que se acercaba presurosamente. Y el Maestro, a pesar de que el ángel aún se encontraba muy lejos, sin siquiera pensarlo dos veces, dijo.

- ¡Ahí viene Andem!, ¡La última creación de Dios! – y al decir esto, los allí presentes lo miraron con asombro. Para luego mirar hacia el ángel que se veía a lo lejos, preguntándose si en verdad podrían ver de cerca a este nuevo ser. Pues todos habían escuchado sobre él, pero muy lo habían visto.

El ser que se acercaba volaba a una prudente altura y en total línea recta. Sin embargo, éste ser se detuvo repentinamente, al observar con asombro la gran cantidad de ángeles que se encontraban de pie sobre el interminable pasto verde. Además de los que ya había visto, volando sobre la Gran Llanura.

Parece que se detuvo. – comentó un ángel que estaba cerca de Tiara.  
¿Qué sucede, Andem? – se preguntó el Maestro, con cierta preocupación.  
Está asustado. – dijo Tiara de inmediato, aún con los ojos cerrados.  
¿Asustado? – se preguntaron al unísono Arel y el Maestro, mientras miraban hacia Tiara, junto con los que estaban alrededor de ellos.  
¡Ahora está nervioso! – dijo Tiara. – Tal vez a causa de la multitud.  
¿Cómo sabes eso? – le preguntó Arel, mirando luego a quien permanecía inmóvil a cierta distancia. Y al volver a mirar a Tiara, le escuchó decir.  
Lo explicaré luego. – dijo ella, abriendo al fin los ojos.

Andem ya se decidió a venir. – añadió, con una extraña sonrisa.

Arel miró hacia el ser que se aproximaba, y notó que ya se encontraba muy cerca. Al mismo tiempo en que la joven y misteriosa Tiara caminaba, abriéndose el paso entre los curiosos, siendo seguida de cerca por el Maestro y la perplejidad de Arel. Y el ser, al acercarse lo suficiente, descendió con las alas bien extendidas, planeando muy cerca del suelo.

Después este ángel se elevó un poco para quedar verticalmente sobre el pasto. Y luego dejó de batir sus alas para caer pesadamente. Quedando arrodillado debido al peso que adquirió al caer. Y al levantarse y recoger sus alas, el joven ángel comenzó a caminar hacia la multitud.

- ¡Bienvenido, Andem! – le recibió el Maestro, con una cálida sonrisa que se esfumó al instante en que Andem pasó por su lado. Sin embargo, éste se notaba relajado y sin ningún indicio de enojo o preocupación. Y mientras Andem se internaba entre la multitud iba mirando a todos lados, como si estuviese buscando a algo o alguien en concreto.

Tiara observaba cautelosamente, mientras el Maestro seguía a Andem con cierta expresión de temor. Luego Tiara comenzó a seguir al Maestro, pero se detuvo al escuchar la voz de Arel, quien con mucha autoridad le exigió que le explicase cómo se había dado cuenta de que Andem habría de llegar al lugar en el momento preciso. Y la joven, notablemente asustada se volvió hacia Arel con intención de hablarle.

- Es que...

- Deja que yo lo haga. – le interrumpió Andem, poniendo su mano derecha sobre el hombro izquierdo de la joven, en el momento en que se dirigía hacia Arel. Y enseguida Tiara se notó nerviosa. Tanto por lo que Andem dijo, como por lo cerca que éste estaba de ella. Pues Andem se detuvo cuando Arel comenzó a pedir explicación, y se devolvió, deteniéndose justo detrás de Tiara, sin que ella se diese cuenta.

Tiara permaneció casi inmóvil mientras Andem pasaba por su lado para ponerse en frente de Arel, quien no tardó en hablar.

¡Apártate! – exigió, en tono fuerte.

¡No le hablaba a un mal educado entrometido! – añadió Arel, asqueado ante la presencia de Andem.

Esto me suena a problemas. – murmuró el Maestro, mientras se acercaba

a Tiara.

¿Qué quiere decir? – le preguntó ella.

Lo conozco bien. – respondió el Maestro, pero para su sorpresa, Andem no se enojó.

Lo tomaré como un cumplido. – le dijo Andem a Arel, mostrando una sonrisa.

Pero Tiara no debe explicarte nada, sólo porque tú así lo deseas. – agregó. – Pues... eres inferior a ella. – concluyó Andem, mostrando una gran sonrisa.

¡Sé perfectamente que Tiara es especial! – dijo Arel, mientras reía.

Pero ¿Qué tienes tú de especial? – continuó. – Ni siquiera tienes un día de vida, ya que fuiste creado anoche.

¡Mírate!, siquiera te pareces a nosotros, y vienes aquí a hacer lo que...

¡Silencio! – exclamó Andem, con tono molesto, mientras con un movimiento de su mano derecha dejaba a Arel suspendido en el aire con su poder mental, sin que éste se pudiese mover.

- Creo que Arel aprenderá a no meterse con Andem. – le dijo el Maestro a Tiara, y ésta le miró, sorprendida. Y luego miró hacia Andem, con cierta incertidumbre, y por último, miró con preocupación a Arel, quien ya se encontraba a unos tres pies de altura.

¿Qué estás haciendo? – le preguntó Arel, con una aterrada voz que estremeció el lugar, captando la atención de los ángeles que se encontraban más cerca de ellos, quienes miraban con asombro lo que ocurría.

Dios me otorgó ciertas libertades y habilidades por algún motivo. Y veo que hizo lo mismo con ella. – dijo Andem, calmadamente.

Pero tú, ¿Qué tienes? – preguntó, mientras le atraía con su mano izquierda, hasta tenerlo muy cerca de su rostro.

Eres uno de los ángeles más antiguos que existen. Fuiste creado directamente por Dios, al igual que yo. ¡No tienes descendencia, ni alguna habilidad especial mayor a tu boca parlanchina, que no sabe callar cuando debe hacerlo!

¿Qué tienes tú, Arasmirael?, ¡No tienes nada!, ¡No eres nadie! – continuó, con gran ira.

Por tu impertinencia, nunca se te fue otorgada misión alguna, por más fácil que fuere. Te has pasado los últimos 4500 años sin hacer algo más que molestar a los demás con tus demencias.

Tú, Arasmirael, fuiste quien causó la...

¡Detente, Andem! – le gritó el Maestro, interrumpiéndole.

¡Ya es suficiente! – concluyó, evitando que Andem terminase de hablar.

Andem volvió a la calma al instante de escuchar la voz del Maestro. A decir verdad, ahora se veía un poco asustado, nervioso y pensativo a la vez. Y ni siquiera se limitó a mirar a Arel mientras lo liberaba de su parálisis y lo devolvía a tierra firme. Pero cuando Arel tocó el suelo no se pudo mantener en pie, y calló arrodillado ante Andem.

¿Cómo sabes mi nombre? – preguntó con asombro, mientras se ponía de pie a duras penas.

¿Cómo sabe tanto de mí, si no tiene ni un día de existencia? – añadió, mirando esta vez al Maestro.

Andem es un ser muy impredecible. – contestó el Maestro.

Lo lamento. – dijo Andem, disculpándose, cabizbajo.

No te preocupes. – dijo Arel, como si nada hubiese pasado.

Estamos del mismo lado. Aunque me hayas dado el susto de mi vida. – concluyó, dándole la mano en señal de tregua.

Pero Andem permaneció inmóvil por un momento. Mirando a Arel con cierta incertidumbre, hasta que estrechó su mano. No sin dejar de pensar en su repentino cambio de actitud. Y después de que todo volvió a la calma, los ángeles que se habían detenido a ver lo que pasaba con Arel y Andem volvieron a su rutina de ese día. Hablando de las pruebas que se llevarían a cabo dentro de poco tiempo.

Arel se dirigió hacia donde se encontraban Tiara y el Maestro, y Andem lo siguió. Sin embargo, al ver a Tiara frente a frente, y a cuerpo entero, Andem se detuvo por un momento.

¿Sucede algo, Andem? – le preguntó el Maestro, por lo que Arel se volvió para mirar.

No es nada. – respondió Andem.

¡Qué hermosa es! – pensó luego, sin dejar de mirar a quien él no había tenido la oportunidad de contemplar.

Tiara era una hermosa y joven ángel de piel morena. Sus cabellos eran negros y muy largos. Sus ojos eran cafés, y tenían una mirada amable y gentil. Y en su pelo, sobre su oreja derecha, llevaba una rosa blanca que hacía juego con su radiante vestimenta.

Tiara era delgada, pero notablemente ágil. Y sus tiernas manos ocasionalmente se movían hasta su cabeza, para acomodar sus cabellos,

cuando el viento la despeinaba.

Ella aparentaba ser más joven que Andem, pero dadas las circunstancias, ella era mucho más mayor que él.

Andem contempló a Tiara por un momento y luego siguió su camino hacia el Maestro, a quien, al pasar por su lado le dijo telepáticamente que aún le debía una. Por lo que el Maestro se notó un poco preocupado por ello. Mientras Arel miraba a ambos y les preguntaba si estaban listos para dar inicio a las pruebas.

¿Ya van a empezar? – preguntó Andem, un poco nervioso.

Para eso estamos aquí. – dijo Tiara, mirándolo con cierta curiosidad.

No te preocupes, Andem. – le dijo el Maestro.

Ya estás preparado. – agregó, con una extraña sonrisa que no fue de su total agrado.

- Entonces... - dijo Arel. – ¡Hay que abrir los pergaminos!

Y de inmediato Arel y el Maestro entregaron los pergaminos a su respectivo dueño, para que ellos los abrieran. Pero Andem, mirando el pergamino que le habían entregado, le preguntó al Maestro que dónde estaba el otro que él había tenido en sus manos anteriormente.

Este es. – respondió el Maestro. – ¡Y no me preguntes cómo ni cuándo apareció ese sello con tu nombre, que no me di cuenta!

Esto asusta. – dijo Andem, mirando el pergamino.

Ni que lo digas. – agregó Tiara, mirando el sello con su nombre.

¡¿Qué esperan?! – exclamó Arel. - ¡Ábranlos!

Las damas primero. Dijo Andem, sonriendo y mirando a Tiara.

Muy gracioso. – contrapuso ella.

Sólo era una broma. - comentó, al ver que ella pareció molestarse.

Después de esto Andem decidió abrir su pergamino. Pero al hacerlo se dio cuenta de que éste se encontraba en blanco, y lo miró por ambos lados para confirmar que no había nada escrito allí.

¿Vacío? – se preguntó.

¿También está en blanco? – le preguntó Tiara, mostrando ambos lados de su pergamino.

¿Cómo que están en blanco?! – se alarmó Arel.

¡Cálmense todos! – dijo el Maestro. – Debe haber una explicación para esto.

¡Sí que la hay! – dijo la estruendosa voz de Dios, de repente.

¿Es usted, Señor? – preguntó Arel, mirando a todos lados.

Y en ese momento comenzó a verse la silueta de un ser muy robusto.

Dicha silueta estaba rodeada de una potente luz blanca que impedía ver a quien la formaba, y a causa de eso, sólo se podía ver una especie de sombra tras la luz, muy bien definida.

¡Cálmate, Arasmirael! – dijo la voz de Dios, que ahora provenía de la extraña silueta.

No he venido a castigar a nadie por lo de hace rato. – añadió.

Entonces todos los presentes miraron hacia la silueta, con gran asombro. Y rápidamente todos, a excepción de Andem, comenzaron a inclinarse ante Dios. Andem se quedó observando lo que ocurría, hasta que se inclinó cuando Tiara tiró de su túnica, mientras le decía que se arrodillara.

Los ángeles que estaban sobrevolando en las alturas no se percataron de lo que ocurría en tierra firme. Mientras que Dios, al ver que todos se inclinaron ante Él sin pensarlo, dijo:

¡Levántense! Hoy es un día de celebración. – pero nadie, a excepción del Maestro, accedió a levantarse.

¡Dejen de hacer eso! – expresó luego, notándose un poco molesto.

¿Para esto me hiciste arrodillar? – le rezongó Andem a Tiara. Mientras los demás se levantaban, algo confundidos

Lo hice porque...

Sé por qué lo hiciste, Tiara. – dijo Dios, haciéndola sentir bien.

Pero consciente o inconscientemente, Andem tuvo sus razones para no inclinarse ante mi presencia. Ya que no estamos en el Trono Divino, ni vine hasta aquí en espera de reverencias. – expresó.

Agradezco el gesto. Pero no era necesario. – concluyó el Señor,

amablemente.

Todos estaban sorprendidos con la visita de Dios a la Gran Llanura, a excepción de Andem, quien parecía indiferente ante la presencia del Padre en persona.

El Maestro, por otro lado, tampoco parecía prestarle mucha importancia a la presencia del Señor, pues al parecer, ya sabía que Él estaría allí ese día. Pero, sin embargo, Arel no se pudo contener, y con mucha curiosidad, le preguntó.

¿Qué le trae por aquí, Señor? – pero Dios permaneció en silencio mientras dirigía la mirada hacia los ángeles que revoloteaban en las alturas. Las pruebas a las que se someterán Andem y Tiara serán muy diferentes a cualquier otra prueba por la que algún otro ángel haya pasado jamás. Porque las misiones que ambos tendrán serán muy importantes. – respondió el Señor.

¿Las misiones? – preguntó Andem, un poco alarmado.

Sí, Andem. – dijo Dios. – Cada uno de ustedes tendrá varias misiones en La Tierra, y Tiara se mostró algo preocupada.

Como iba diciendo. – continuó el Señor – cada uno tendrá varias misiones. Pero dentro de éstas, cada uno tendrá dos objetivos principales, de los que les hablaré más tarde.

Por eso quiero que sepan que ningún otro ángel en la historia ha tenido una misión como las que han de tener ustedes. Por lo que los dos deben pasar por pruebas más extensas y extremas, para poder asumir sus respectivas misiones con mayor seguridad. – concluyó el Todopoderoso.

Al escuchar esto la joven Tiara miró hacia Andem, quien la miró de inmediato, y con una sonrisa la calmó. Diciéndole que todo iba a estar bien, y que no debía preocuparse.

Y al ver lo ocurrido, el Señor le dijo a Tiara con gran amor y ternura, que hiciera caso a Andem, y que lamentaba haberla asustado al ser tan específico al hablar.

Luego de esto el Señor les dijo que sus pergaminos estaban en blanco, como ya había mencionado, porque sus misiones serían especiales. Y les dijo que la primera prueba consistiría en competir, para ver cuál de los dos era más rápido al volar. Y al instante, ambos se miraron con asombro

y preocupación a la vez. Pues no pensaban que las pruebas serían una especie de contienda entre los dos.

Después de decir en qué consistiría la primera prueba, el Todopoderoso caminó hacia ellos. Luego, seguido por la mirada de todos, Dios pasó entre ellos y se detuvo, para con su mano derecha invitarlos a que se acercaran a Él. Y cuando éstos lo hicieron, con un tono de voz muy amable, les dijo:

¡Ya es hora!

¡Estoy listo! – dijo Andem.

- ¡Más que lista! – contrapuso Tiara, con una sonrisa que denotaba emoción. Por lo que Andem miró a Tiara y sonrió al verla alegre. Luego Dios les dijo que lo siguieran, mientras Él se elevaba hasta cierta altura, y sin dudarlo, así lo hicieron. Comenzaron a batir sus alas, siguiendo lentamente al todopoderoso, al mismo tiempo en que las miradas de los presentes se fijaban en ellos. Y cuando el Señor se detuvo, los dos, instintivamente se posicionaron a ambos lados de Él, y el Padre les dijo de inmediato que observaran nuevamente los pergaminos que aún traían en sus manos. Cada uno miró en su pergamino y se percataron de que ya había algo escrito sobre éstos. Además de que en ambos pergaminos decía lo mismo.

Volar sin cesar no es lo ideal.

Un vuelo veloz, tampoco ayuda.

Esquivar los obstáculos es vital, y

Lidiar con la incertidumbre, su estrategia.

¿Obedecerás tus instintos, o los harás a un lado?

- Como acaban de ver, sus pergaminos ya no están en blanco. Sino que tienen un poco de información sobre lo que serán sus pruebas. Y la primera de ellas consiste en una pequeña contienda entre ustedes, para saber cuál es el más veloz de los dos. Aunque, eso ya lo sé. – dijo Dios, con notable alegría. Y luego de esto el Señor hizo aparecer delante de Él a dos pequeños querubines. Estos pequeñines se veían muy felices a pesar

de que casi no podían mantenerse en el aire a causa de sus diminutas alas, las cuales batían muy rápidamente para no caer.

Estos querubines eran muy similares. Parecían ser hermanos gemelos. Su vestuario era color azul celeste, y sus cabellos dorados, rizados y un poco largos, y eran movidos por el viento de una forma muy extraña, como si estos fuesen muy pesados.

Su piel era muy blanca, y sus ojos azules no disimulaban la emoción de estar justo al frente del Señor.

Después de haberlos hecho aparecer, el Señor se acercó a ellos, y volviéndose hacia Andem y Tiara, dijo que esos pequeños se encargarían de vigilar las pruebas de vuelo por las que ambos habrían de pasar. Luego el Señor puso su mano sobre el pequeño a su derecha, y dijo:

Este, a mi derecha, es Lariob. Y a mí izquierda, su hermano Larioc. – comentó.

¿No son esos los hijos del Arcángel del norte? – preguntó un ángel a espaldas de Arel, al verlos aparecer de la nada.

Así parece. – dijo Arel, un tanto confundido.

Parece que los Arcquerubines tendrán algo que ver con las pruebas. – comentó el Maestro.

Esto se pone interesante – comentó Arel.

Es la única explicación que le veo. – dijo el Maestro.

Además, - agregó - sabes que ambos tienen un don muy especial.

Claro. - dijo Arel. – Son hijos de un arcángel. Nacieron para algo importante.

Y si no me equivoco, - dijo el Maestro – Andem y Tiara estarán involucrados en ello.

Sin embargo, una vez que hizo pausa en sus comentarios, el Maestro se dio cuenta de que todos a su alrededor lo miraban fijamente. Incluyendo a Arel, quien parecía más asombrado ante lo que él había dicho, hasta que éste se intimidó un poco a causa de tantas miradas.

¡Sólo fue la opinión de un pobre anciano! – dijo, refiriéndose a sí mismo. No me hagan caso. – agregó - ¡Ya no me miren de esa forma!

Y sin perder tiempo el Maestro dio un salto e hizo aparecer sus alas, para rápidamente dirigirse hacia donde se encontraba el Señor con los demás. Así mismo, Arel se elevó justo detrás de él, como queriendo seguirlo, pero se detuvo de repente a cierta altura. Y por algo él miró hacia su izquierda, en donde no había nadie, para luego mirar hacia el Maestro, quien ya estaba cerca de Dios. Y justo después, Arel miró nuevamente a su izquierda, miró de nuevo hacia arriba, con cara de confusión, para desvanecerse ante los ojos de los estaban en el suelo, quienes se sorprendieron al ver que Arel había desaparecido sin dejar rastro alguno.

¡Bienvenido! – recibió Dios al Maestro, al éste acercarse.  
Parece que me esperaban. – dijo el Maestro, mientras se volvía, buscando a Arel.  
Casualmente les decía a los pequeños que alguien vigilaría de cerca su pequeña labor.  
Esta es la persona de la que les hablé. – agregó Dios.  
¡Bienvenido, señor! – gritaron los gemelos, al unísono.  
¡Sí que se ven alegres! – comentó el Maestro.  
Apresúrate en preparar a Andem y Tiara. – dijo Dios.  
¿Dónde está Arel? – preguntó la bella Tiara, casi al instante.  
Arel tuvo que hacer algo importante. – comentó el Señor.

- Por lo tanto, el Maestro se encargará de ustedes hasta que él regrese.  
– agregó, sorprendiendo con esto a la joven, aunque no se notó triste en ningún momento. Sino que mostró una leve sonrisa de alivio, ya que Arel se había estado comportando extrañamente desde amaneció. Pues él nunca había mostrado esa personalidad arrogante con la que había recibido al Maestro, y posteriormente a Andem. Y ella estaba sintiendo un poco de temor a causa de ello.

¿Te agrada la idea de entrenar juntos? – le preguntó la joven a Andem, quien de repente se encontraba con los ojos cerrados, el ceño fruncido, y los puños apretados.  
¿Y a este qué le pasa? – se preguntó, mirando hacia el Maestro, y luego hacia Dios.

El Señor levantó su mano derecha, y éste se estremeció de repente, perdiendo el ritmo de vuelo y abriendo los ojos, mientras maniobraba para recuperar el control. Y luego de regresar a donde había estado, se volvió hacia Dios.

¿Por qué...?

No está bien que utilices tus dones para tales fines, Andem. – dijo Dios.

¡Pero es que...! – contrapuso Andem.

Estoy consciente de eso. – dijo Dios, interrumpiéndole con tono cortante.

Por lo único que debes preocuparte, - continuó – es por superar tus pruebas y cumplir con tu misión en La Tierra. ¡De todo lo demás, yo me encargo!

Perdóneme, Señor. – dijo Andem, agachando la mirada.

Sé que lo harás bien. – concluyó Dios, amablemente, mientras avanzaba hacia el oriente.